

Rubén Montoya

# POMPEYA



Una ciudad romana  
en 100 objetos

CRÍTICA

Rubén Montoya

# Pompeya

Una ciudad romana en 100 objetos



**CRÍTICA**  
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2024

*Pompeya. Una ciudad romana en 100 objetos*  
Rubén Montoya

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Rubén Montoya, 2024

© de las ilustraciones, Àlvar Salom

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-624-8  
Depósito legal: B. 1.937-2024  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex  
*Printed in Spain* - Impreso en España



## El rey arqueólogo

### DESPEDIDA EN EL PUERTO DE NÁPOLES

Nuestra historia de Pompeya comienza el 6 de octubre de 1759 en el puerto de Nápoles. Aquel día se percibía un ambiente distinto. Las embarcaciones de pescadores y comerciantes habían dejado paso a grandes navíos y buques, que ahora ocupaban gran parte del golfo, y la zona del puerto estaba abarrotada de gente y más concurrida de lo habitual, con personalidades conocidas en toda la región. Entre ellas estaba el rey Carlos de Borbón. Acababa de promulgarse la pragmática sanción por la que Nápoles se separaba oficialmente del reino de España, y Carlos había abdicado en su hijo Fernando, de ocho años, que se convirtió en su sucesor como soberano del Reino de Nápoles. Carlos de Borbón, que había heredado el trono español, estaba a punto de viajar a la península ibérica. El ambiente ceremonial que se respiraba en cada rincón del puerto parecía anunciar la época de cambios que se avecinaba. Durante los veinticinco años que Carlos había sido rey de Nápoles se había producido una auténtica revolución cultural. Había logrado pasar a la posteridad como el monarca que convirtió la leyenda en historia. Bajo su patrocinio, y como nunca hasta entonces, se había rescatado el pasado romano sobre el que se asentaba Occidente. Él fue quien inició las excavaciones sistemáticas de las míticas ciudades romanas sepultadas por el Vesubio más de mil años atrás, ganándose el título de «rey arqueólogo». Muchas eran las sensaciones que se respiraban en aquel abarrotado puerto de Nápoles: la nostalgia y la incertidumbre se fundían con la tranquilidad y la fascinación por la buena ima-

gen que transmitía el rey arqueólogo. En sus manos estaba la historia de los fantásticos descubrimientos sobre el mundo romano en la que nos sumergiremos en este libro.

Antes de embarcar, el rey realizó un gesto que terminó de forjar su buena reputación. Hizo entrega a Bernardo Tanucci, su consejero y ministro, de un anillo con un entalle romano que contenía la cabeza de un sileno, para que fuese devuelto al Museo Ercolanense que él mismo había creado. El anillo que con tanto orgullo mostraba Carlos III era una antigüedad que se remontaba al mítico imperio romano, un mundo fantástico de dioses, guerras, cultura, filosofía, deportes y arte aún por descubrir. Lo había hallado él mismo en las excavaciones de Pompeya y lo portaba consigo allí adonde fuera como garante y guardián del pasado romano que su reinado estaba desvelando al mundo. La entrega de este anillo antes de partir a España simbolizaba el respeto a un patrimonio que no le pertenecía. Con este gesto, el rey enfatizaba, simbólicamente, su decisión de que su empresa arqueológica se mantuviera íntegra hasta que su hijo alcanzara la mayoría de edad.

Cuando el rey inició su regreso a España, no se tenía confirmación oficial de que el lugar en el que Carlos III había encontrado su anillo fuese la mítica ciudad de Pompeya. De hecho, desde que los primeros excavadores comenzaron a desenterrar estructuras y objetos antiguos, todos se habían preguntado cuál sería el nombre de la localidad que yacía bajo el paraje conocido como «*collina della Civita*». Hubo opiniones de todo tipo, aunque muchos pensaron que se trataba de Estabia, otra de las localidades arrasadas por la erupción del Vesubio. Durante siglos, la leyenda había situado bajo aquella región las ciudades perdidas mencionadas en las cartas de Plinio «el Joven». Como en toda leyenda, siempre hay algo cierto que corresponde a la historia. Y eso era lo que Carlos de Borbón había logrado demostrar. Cuando el monarca subió al barco, los hallazgos realizados no eran más que la punta de un iceberg que había ido desvelándose durante décadas y que no dejaría de sorprender al mundo. Aquel pasado romano lejano y ruinoso que fascinaba a quienes visitaban Roma se presentaba ahora como un mundo cercano y perfectamente conservado bajo los pies del Vesubio, en la bahía de Nápoles.

El verdadero descubrimiento de los tesoros que había ocultado el Vesubio durante siglos se había originado, de hecho, décadas antes. Entre 1710-1711, y de manera puntual hasta 1715, el príncipe austríaco de Elbeuf había extraído del conocido como «pozo Nocerino», en la localidad de Portici, algunas esculturas y mármoles. Dos años antes el dueño del terreno había extraído de su interior algunos mármoles preciosos que llamaron su atención. No obstante, la dificultad de los trabajos hizo que los hallazgos fueran de poca importancia. No fue hasta 1738, momento en el que Carlos de Borbón adquirió las propiedades del príncipe de Elbeuf, cuando se produjo el gran (re)descubrimiento. La hazaña tuvo algo de casualidad y mucho de maestría. Al poco tiempo de su llegada a Nápoles, Carlos de Borbón encargó al aragonés Roque Joaquín de Alcubierre, uno de sus ingenieros militares, la búsqueda de agua para el palacio. Fue así como Alcubierre conoció la existencia del pozo Nocerino, al que descendió el 9 de octubre para retomar los sondeos, con permiso del rey, tras ser informado de que allí se habían encontrado algunos mármoles y esculturas unos años antes.

Como ingeniero de minas, Alcubierre era el más apropiado para descender a las galerías del pozo y examinar lo que el misterioso subsuelo escondía. Lo que descubrió pasó inmediatamente a los libros de historia por la calidad de los materiales encontrados y por la emoción que los hallazgos generaron. Descender a las entrañas de la tierra a través de aquel pozo se convirtió en un verdadero viaje en el tiempo a la antigua Roma... a pesar de no saber con certeza de qué ciudad se trataba. Gracias al patrocinio real, las excavaciones continuaron y, en apenas tres meses, una inscripción desveló que aquel pozo se encontraba sobre el teatro de la ciudad de Herculano. Con este hallazgo, la leyenda de las ciudades destruidas por el Vesubio pasaba a convertirse en algo real, traspasando la frontera entre la leyenda y la historia. Herculano era una de las famosas ciudades arrasadas durante la erupción descrita por Plinio «el Joven» en sus cartas a Tácito (*Ep.* 6.16, 20) y acabó destruida por una densa masa piroclástica. El material volcánico, que preservó de manera excelente los últimos momentos de la catástrofe, hizo también necesario

el trabajo de más ingenieros de minas. La única manera de avanzar en el subsuelo era a través de túneles. En un ambiente más oscuro que iluminado, los ingenieros siguieron la dirección de los muros, perfilando estancias y edificios; en algunas ocasiones también atravesaron paredes para pasar de una habitación a otra, con lo que destruyeron un patrimonio de incalculable valor. Las esculturas y los objetos más preciados que se iban encontrando eran trasladados a la superficie a través de los pozos, y también se hacían diseños métricos de la planta de los edificios hallados.

Quizá, como lector, te preguntes qué sintieron quienes tuvieron la oportunidad de descender a las entrañas de aquel pozo. Eso mismo me pregunto yo cada vez que, desde la actual Herculano, desciendo a visitar el origen de aquella revolución cultural. El silencio, la oscuridad y la humedad me envuelven de inmediato en una atmósfera que me traslada, de forma inevitable, a otra realidad. La luz que me acompaña en la visita me confirma la realidad de ese periplo temporal. Basta descender algunos metros a través de túneles y aguzar la vista para observar restos de pinturas, mármoles e inscripciones que me indican que he llegado a mi destino. Lejos queda el bullicio de la superficie. He viajado al mundo romano. Me llama la atención la monumentalidad del edificio en el que me encuentro y me paro a contemplar la impronta que un busto romano ha dejado en la colada piroclástica. A mi alrededor pueden verse los restos de distintas estructuras arrasadas durante la catástrofe y, junto a mí, observo los túneles que se excavaron en aquellas primeras prospecciones de 1738. Inmediatamente soy consciente de la dificultad y de las duras condiciones de trabajo de aquella empresa arqueológica que, a diferencia del silencio que me rodea, se vio interrumpida por el ruido constante de los ingenieros y de los excavadores que se afanaban en atravesar la densa masa piroclástica. Si tú también desciendes a las profundidades de aquel pozo que permite viajar a través de la historia, podrás escuchar el eco del pasado romano que propició el estudio sistemático, bajo el patrocinio de Carlos de Borbón, de una época y una realidad que llevaban miles de años sin redescubrirse.

El descubrimiento de Herculano provocó la búsqueda inmediata de las localidades vecinas arrasadas por el Vesubio. No muy lejos de la población de Resina, en un paraje conocido como «*collina della Civita*», en marzo de 1748 Roque Joaquín de Alcubierre inició nuevas excavaciones. La existencia de ruinas en este lugar era ya conocida desde el siglo XVI debido al afloramiento de la parte superior de algunos edificios y antigüedades, fruto de la actividad agrícola y de las filtraciones de agua. Durante la construcción del Canal de Sarno entre los años 1592 y 1600, que atravesó parte del paraje, se descubrieron numerosos restos que, no obstante, no impidieron la construcción de esta obra de ingeniería. En el siglo XVII, algunos autores ya habían mencionado que aquellas ruinas podían ser las de Pompeya, pero desde el inicio de las excavaciones se pensó que lo que se estaba descubriendo eran las ruinas de Estabia. A diferencia de la vecina Herculano, los restos no habían sido cubiertos por densos materiales piroclásticos, sino por *lapilli* —pequeños fragmentos de lava— y cenizas expulsadas durante la fase explosiva de la erupción, por lo que las excavaciones no revestían tanta dificultad. La eficacia de los trabajos fue la razón principal que llevó a concentrar gran parte de los esfuerzos en Pompeya, y, al igual que en la vecina Herculano, los trabajos también fueron llevados a cabo por ingenieros de minas a través de túneles.

El primer decenio de excavaciones en la ciudad de Pompeya había permitido desvelar algunas calles, la Villa de Cicerón y la cercana necrópolis. Pero, más que en una ciudad en sí, el interés de la época se centraba en el valor estético que esculturas y pinturas pudieran aportar al ser expuestos en el Museo Ercolanense, creado para acoger los preciados hallazgos de estas ciudades antiguas. Ese era el motivo que había despertado la curiosidad de Alcubierre por descender al pozo. Y Herculano volvió a ser muy pronto el centro de atención. Con el descubrimiento en 1750 de la Villa de los Papiros, el interés por Pompeya decreció. Aquel año se encontró una gran residencia de época romana que inmediatamente desveló nuevas sorpresas al contener en su interior la mayor colección privada de esculturas hallada hasta entonces. Incluso hoy en día sigue siendo

un ejemplo paradigmático, y la calidad de las esculturas —63 estatuas en bronce y 24 en mármol— puede admirarse en el Museo Archeologico Nazionale di Napoli. Se trataba de una villa localizada a las afueras de la antigua Herculano, con un frente de más de 250 metros de extensión sobre la línea de costa. Se cree que su propietario era Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, suegro de Julio César, cuyo interés por la cultura le llevó a crear una biblioteca compuesta por más de mil ochocientos papiros, que hoy en día sigue desvelando obras desconocidas de la filosofía griega y otras que creíamos completamente perdidas. Como arqueólogo, me fascina el poder que tienen algunos objetos recuperados hace cientos de años para reescribir la historia. Y hace que me pregunte sobre la cantidad de información que aún contienen y que podrá ser desvelada en un futuro muy próximo. La distancia entre nuestro presente y ese momento se ha visto acortada de manera abismal gracias a los avances permitidos por las nuevas tecnologías y la comúnmente llamada inteligencia artificial. Ya es posible, entre otras cosas, leer palabras de estos rollos de papiros sin necesidad de desenrollarlos. Pero ahora continuemos con nuestra visita a la historia de Pompeya para conocer mejor esta ciudad romana.



Cuadro de las excavaciones de Pompeya,  
realizado por Édouard Alexandre Sain en 1856.